

Dos hermanos.

Dabone (Lucio)



Capítulo 1

LA INTRODUCCION

I

Había una vez, en un pueblito muy pequeño, dos hermanos muy unidos. Tenían una diferencia de edad de poco más de un año, y pasaban gran parte del tiempo juntos. Sus padres trabajaban duro en una tienda que con esfuerzo lograron levantar. Prácticamente se la pasaban 12 horas en el comercio.

Los hermanos, más allá de ir a distintos años en la primaria, solían reunirse en los recreos para jugar un rato. Sobre todo en el primer timbre iban juntos a la cocina donde Estela les alcanzaba el sándwich de milán o de mortadela con queso que sus padres enviaban religiosamente cada día de semana. Oh si, eran unos privilegiados frente a algunos de sus compañeritos que solo disfrutaban del pedazo de trincha que se les proporcionaba a cada alumno/a. Franco y Tomás, como se llamaban, tenían comportamientos distintos a la hora de compartir su merienda. El primero, y el más estudioso, era reacio a convidar siquiera una mínima porción de su emparedado. El único privilegiado era su mejor amigo, y no había más excepciones. El segundo, más extrovertido y menos adepto a hacer los deberes, no tenía problema incluso en dar toda su comida para algún amiguito.

Eran buenos niños, amigos e hijos. Franco, el mayor, era muy delgado y de cabello castaño, Tomás más robusto, con unos cachetes regordetes que daban ganas de pellizcar y un pelo rubio casi dorado. Cada mañana iban juntos a la escuela, cruzando las vías, con sus mochilas de cuero gemelas (las distinguían porque Tomi tenía pequeños dibujitos hechos con tinta china sobre uno de los bolsillos) y los guardapolvos blancos impecables.

Pasado el mediodía, volvían juntos a su hogar. El pueblo se disponía como máximo en un área de 7 x 8 cuadras, todo estaba cerca de todo. Los hermanos solo caminaban cuatrocientos metros para llegar o volver de la escuela. En el viaje charlaban, pateaban alguna piedrita, metían los pies en algún charco o corrían carreras hasta salir del predio del ferrocarril, que al igual que en muchos otros pueblitos, estaba en el centro de la localidad.

Siempre había algo rico para comer, cocinado por mamá, papá o por Mirta, la señora petisita que venía dos días por semana a limpiar la casa y a planchar ropa. Es que eran muchas horas en el negocio para ambos

padres, y una ayuda era necesaria. El pasar económico de la familia estaba más que bien por ese entonces, y Mirta era muy buena con los pequeños.

Y más o menos así transcurrieron todos los años de la infancia de los hermanos. A medida que fue creciendo Franco se fue poniendo más compañero y solidario de los chicos de su curso, tanto en el sentido de ayudar a los que les costaba un poco más aprender como prestando sus útiles, juguetes o juegos de naipes... incluso llevando golosinas del mercado de sus padres para convidarlos entre sus amigos. Tomás siguió siendo el mismo rusito de sonrisa gigante y bien bonachón. Pero estudiar, no señor, lejos suyo.

Ambos siguieron siendo los mejores amigos, más allá de algunas peleas inevitables, propias de estar tanto tiempo juntos: alguna que otra palabrota a causa de las victorias y/o derrotas en las carreras con los autitos en las rampas, de los dibujitos a mirar en el único televisor (dos canales, dos opciones)... de juegos de manos que se iban por las ramas (o piñas). Cabe decir, esto último no convenía nunca a Franco, pues su hermano menor tenía mucha fuerza en los puños.

Todo cambió para sus padres con la hiperinflación. Sin embargo, tenían tanto don de gente que hicieron lo imposible para que los hermanos se enteraran de sus dificultades económicas y financieras, las que al poco tiempo trajeron problemas de salud (depresión) en su madre.

Franco y Tomi siguieron recibiendo para navidad o reyes esos regalos caros, que ellos elegían conforme a lo que veían en la tele, escribiendo sus cartitas a Papá Noel y a los Magos. Sus papás seguían pasando mucho tiempo en el comercio, pegado a la casa. A medida que fueron creciendo, cada día pasaban más tiempo dentro del negocio, para alegría de los papás. Por ahí Fran notaba que su padre cada semana iba más seguido al banco o a cobrar las cuentas corrientes a los clientes. O que viajaban a la ciudad, a 60 km, a menudo. Nunca se preguntó por qué. No había necesidad de cuestionar nada.

Entre tanto, los hermanos iban a la pileta del club en verano, a la escuela el resto del año, y crecían juntos en la tranquilidad del pueblito. Jugaban a veces al fútbol con las peras enfermas de la planta del patio, justo en la entrada del mercado de sus padres, ensuciando todo y de vez en cuando golpeando a algún cliente. Pero a los papás eso poco importaba, estaban casi siempre en la casa y el problema verdadero estaba en otro lado.

II

Un sábado los hermanos jugaban, cerca de las 10 de la mañana, en el patio. Era una "especie" de tenis (las reglas iban cambiando conforme al marcador, beneficiando siempre a Franco). Raquetas de madera. Cancha

de tierra donde las líneas habían sido marcadas con una asada y pintadas con agua y cal. ¿La red? Unos veinte esqueletos vacíos, que servían como contenedores de botellas de vino (los había por doquier en el depósito), apilados en doble fila.

Fue entonces donde vieron a un vecino del pueblo, que habitualmente hacía grandes compras para su campo en el comercio, pasaba acompañado de su padre a la casa. Qué raro. Solo familiares y algunos vendedores-viajantes amigos solían hacerlo, no era casa de muchas visitas. Tomás, al que ganar o perder no le interesaba un comino, excepto en carreras de patineta, se sintió curioso y se dirigió adentro, a ver si podía cazar alguna palabra de los adultos.

No entendió mucho, pero luego comentó a su hermano que hablaron de "pesos" y de una "mudanza". Franco comprendió que era por ello sus papás venían embalando algunos objetos de la casa, los que se usaban poco, y pasaban tiempo ordenando cajas de mercadería en horas donde normalmente descansaban en la casa, mirando tele o conversando en la sobremesa.

El banco, las cobranzas, el vecino mirando la casa, los pesos... la mudanza. Fran entendía que por cosas de grandes, de plata, sus papás iban a vender la casa y el negocio, es decir, uno estaba construido al lado del otro, no iban a dividirlo. ¿A dónde se mudarían? ¿Por qué querían dejar algo que amaban? ¿Será por eso que mamá andaba con la cara torcida? Con esa... como se dice... ¿parálisis?

Una vez en un viaje a la ciudad, al padre se le escapó la palabra "psicólogo", y al preguntar, los hermanos recibieron como respuesta que mami se ponía triste, y por ello, entre otras cosas, viajaban a ver a ese tipo de nombre raro, que era como un doctor, pero para la cabeza. Como seguían sin entender, mamá les explicó: - Ese médico me ayuda a que me sienta mejor, desde aquí (se tocó la sien) hasta aquí, en mi corazón... aunque bueno, no tanto como ustedes.- Y sonrió.

Desde entonces y por espacio de dos semanas, hasta la mudanza a la vieja casa de la abuela paterna, los hermanos estuvieron nostálgicos. Pasaban tiempo en determinados sectores de la casa, donde a cada uno le gustaba estar. Franco, leyendo en el comedor, donde estaba el tocadiscos y los cuadros... y los muebles con poco uso. Tomás en la habitación, tirado sobre la cama de sus padres, mirando tv. Oh sí, iban a extrañar la casa que los vio nacer.

La casa nueva, no lo era en realidad. Estaba a tres cuadras de la otra. Era una construcción enorme y vieja, que se había venido abajo con el paso del tiempo. Había quedado inhabitada dos años antes, cuando los inquilinos se habían mudado a un pueblo vecino. No tenía gas natural así

que iban a tener que utilizar leña en invierno.

Los hermanos se adaptaron rápidamente más allá de algunas lágrimas. Había muchos metros más de patio para aprovechar. Muchos árboles, varias construcciones semi abandonadas, donde alguna vez hubo studes para caballos. Un aljibe con un agua riquísima. Ah, y a 50 metros, los corrales de la feria, abandonados, los que lo hacía escalofriantemente atractivos a los muchachos.

Mamá se veía mejor, no tan flaquita como lo estaba. La boca estaba derecha, y sonreía más a menudo. Papá tenía ahora un auto mejor con el dinero que sobró luego de pagarle al banco, y pasó a vender galletitas por los pueblos vecinos. Fran y Tomi notaron los cambios, pero siguieron felices, creciendo juntos.

III a)

Un año después, un día lluvioso en que papi los buscó de la escuela en el VW blanco, antes de almorzar recibieron la noticia que nuevamente se mudaban. Esta vez a la ciudad. A los hermanos la noticia no les gustó para nada, pues estaban muy cómodos con su situación actual. Les gustaba la casa, el auto, la salamandra a leña, la leche de campo que el vecino les vendía, el patio inmenso, la feria abandonada.

Papá había conseguido un trabajo con mejor paga, y era mejor irse. No iban a vender la casa, por las dudas, pero mudarse era imperativo. Sus días en el pueblo eran contados. Debían despedirse de sus amiguitos de la escuela. De los maestros. De todo lo que conocían.

No era fácil. Tomás se había puesto incluso más melancólico que su hermano, cosa que nunca ocurría. Tuvieron una hermosa despedida en la escuela. Los chicos y los adultos se emocionaron, hubo muchos abrazos, besos, fotos y comida. Y dos grandes cartulinas, una para cada uno, con mensajes de cariño de cada compañerito.

La mudanza se hizo mediante el camión de su tío, que trabajaba transportando cereales. Pasaron a vivir en el gran garaje de aquel, quien había reacondicionado el mismo, agregándole baño y cocina. Era como una mini casa, pero muy prolija y completa por cierto. Asimismo, todos iban a tener la posibilidad de ver a la abuela más seguido, ya que vivía con el hermano del papá desde que el abuelo se había ido con Dios.

Los hermanos hicieron nuevas amistades, unos chicos muy buenos, fueron realmente afortunados. No encajaban muy bien en la escuela secundaria, ya que sus compañeros eran mucho más vivos que ellos. Pensaban más como grandes. Y conversaban mucho. Sin embargo, los amiguitos que

habían conseguido eran muy similar a ellos.

Fue entonces que sus caminos se empezaron a despegar uno de otro. Fran siguió estudiando como siempre, cosa que amaba. El cambio vino por el lado de la aparición de la consola de videojuegos, que lo mantenía más tiempo incluso adentro del garaje. Tomi, al que no le gustaba nada relativo a libros y/o papeles, venía mostrando una pasión cada día más notoria por la guitarra. En el Pueblo había conseguido una criolla, pero en la ciudad, al pasar tiempo con su primo y escuchar rock, decidió que iba a seguir su camino con la eléctrica.

A veces extrañaban el pueblo, sus amigos, el club, la casa de la abuela, la feria. Pero sus papis estaban contentos, mamá había conseguido trabajo como cajera, cosa en la que era excelente, y la familia se veía unida y, sobre todo, feliz.

Ya eran adolescentes, no se escucha más por las noches el "uno doli, trelí cuatrolí, quile quilete, número 7, gallo gallina, fuera cochina" que su mamá les repitió miles de veces de pequeños. Esto les producía a ambos cierta nostalgia. En realidad el destierro generaba sensaciones nuevas en todos, pero los hermanos sentían un apego notorio a las cosas y situaciones que ya no estaban. No sabían que el cambio es parte de vivir. No estaban preparados para afrontar los eventos que la vida le depararía en un futuro no tan mediato.

III b)

Tomi continuó adentrándose cada día más en el mundo de la música. Tenía su banda y sonaban bien. Tocaron en varios lugares en la ciudad, desde el teatro hasta la plaza... incluso en otros pueblos. Pero abandonó el colegio. No fue difícil elegir para él, entre lo que amaba versus lo que odiaba. Sin términos medios, así se concebía en su interior.

Sin embargo, lo que hacía lo tomaba en serio. Estudiaba con el mejor profesor de la zona, y estaba todo el santo día con su guitarra.

En cambio Franco siguió fiel a los libros. Amaba el aprender y no solo eso, sino también competir. Quería ser el abanderado, sin otra alternativa secundaria. En la escuela la seguridad en sí mismo lo llevó a lograr sus objetivos, incluso habiendo estado en varios colegios (luego se dirá el por qué). El asunto es que más allá de jugar a los videos o al fútbol con sus amigos, no hacía mucho más que dedicarse full time a estudiar.

Los hermanos compartían, sin embargo, dos cualidades en común. Primero, eran muy pero muy cómodos. Ni cerca de hacer una mandado a su mamá. Incluso les pedían a su padre que le sacara las fotocopias para el cole, porque cerca del trabajo de aquel había un quiosco donde realizaban ese trabajo. El criarse en un supermercado no los ayudó en ese

sentido, tenían todo en su propia casa.

Segundo, eran sobre-protegidos por su madre. Esto no ocurrió de un momento a otro, para nada. Incluso desde que ambos tenían memoria siempre estaba mamá para apañarlos. Pero con el correr de los años, y sobre manera luego que aquella empezara a sufrir de depresión, cada día se aferraba más a ellos.

Hubo ocasiones donde se escuchaba a su papá diciéndole a mami que los dejara "SER", que la calle no les iba a hacer mal, que los envíe a hacer las compras y a ordenar la habitación. La madre asentía, pero hacía caso omiso. También se reprochaba a sí mismo y ante su hermano, cuando este venía de visita, no haber sido él mismo más duro con Tomi, para que vuelva a retomar el colegio. Se lo comentaba tristemente. El tío era la persona con la que hablaba las cosas que no podía conversar con su mujer. Las que se callan con tal de seguir adelante, ¿no?

Y así siguió la vida de los hermanos y su familia. En unos años ya no vivían en el garaje, sino que un hermano de mamá les prestaba una casa que había adquirido hace poco y que no quería alquilar. Lo mejor es que estaba emplazada a tres cuadras de la anterior, por lo que el cambio fue mínimo, Los padres tenían empleos duros, pero bien remunerados: estaban acostumbrados a trabajar de pequeños, no era problema para ellos. Los adolescentes, aunque viviendo bajo el mismo techo, siguieron sus caminos de forma muy diferente uno de otro. El arte por un lado, los números por el otro.

IV

Franco se cambió de colegio dos veces, pro problemas de adaptación con sus compañeros. En los tres fue abanderado. ¿Por qué se mudaba de secundaria? Pues, era más fácil que enfrentar los problemas. Está bien, en uno era una especie de nerd del que algunos chicos se aprovechaban para que les haga la tarea. Pero, por dos personas dejó todo de lado. Si, por solo dos.

En los otros, el cambio fue por una de las peores características de su carácter. Sus enojos, esos que duraban incluso días. Por meras "lunas", el adolescente decidió cambiar de institución dos veces más. Claro, su papá era el encargado de hacer todos los trámites, como si tuviera tiempo al margen de estar 10 horas del día sentado en un camión regando calles de tierra. Él chico no veía eso. Ni intentaba hacerlo, tampoco.

Tomás siguió con su música, aunque incursionando en otras artes, como la pintura. Estuvo meses trabajando en un lienzo enorme, en algo muy colorido y sub-realista, que finalmente regaló a una chica, con lo que el

novio al otro día se apareció en la casa maldiciendo al muchacho.

Entre acordes y solos de "viola", los gustos musicales fueron evolucionando: pasaron los Ramones, Hendrix, Guns and Roses, Pink Floyd, Dream Theater. Cambió de grupo, pero siguió tocando en vivo en bastantes lugares dentro y fuera de la provincia. Intentó retomar los estudios... pero por cuatro años consecutivamente solo llegaba y con suerte al fin del primer cuatrimestre. Cada día se convencía más que eso no era lo suyo.

Papá, que se cansó de ir a pedir una vivienda al instituto correspondiente, finalmente consiguió la buena noticia. Le habían adjudicado una casa de barrio. Al contarle a mamá, los dos se pusieron muy felices. Se fundieron en un abrazo, y llorisquearon bastante. Franco los escuchó. Al fin, recobrar algo de lo que habían perdido años antes.

En unos meses, estaban viviendo en su nuevo hogar. La casa estaba ubicada al final de ejido urbano, pero poco importaba. Era SU casa. Tenía tres habitaciones y estaba emplazada sobre una esquina, con lo que los metros de patio eran mayores al de la mayoría. Papá puso un tanque de agua en el piso, que con una bomba enviaba el líquido al tanque superior: así el agua nunca faltaría en verano. Los hermanos plantaron unas cuantas acacias guachas que habían conseguido de un pastizal cercano a donde su padre cargaba en cada viaje el tanque del Mercedes 1114 de la empresa de riego. Se necesitaba sombra, el barrio era nuevo y no había árboles por ningún lado.

Franco comenzó la universidad. Eligió estudiar contabilidad, porque no quería ser profesor de matemática. Los papás tampoco estaban en condiciones de enviarlo lejos a estudiar otra carrera. Pero, sobre todo a él, no le interesaba otra cosa que estudiar, recibirse y el día de mañana conseguir un buen trabajo. Tomás, por su parte, renegaba de vez en cuándo con los vaivenes que el mundo de la música trae aparejado, más aún cuando lo que le gustaba hacer no era ni folklore ni algo pop. Ensayos interminables, faltazos, soportar sonidistas y productores, acostumbrarse a la falta de pago o que te quieran conformar con migajas, etc. Pero más allá de quejarse más o menos seguido, no daba el brazo a torcer y seguía fiel a su pasión.

La mamá, mientras tanto, había sufrido dos duros golpes en menos de un mes. Su hermano menor (tenía 11) fallecía repentinamente por un paro cardíaco. A los días, a su madre le detectaron un tumor en el estómago, terminaría siendo mortal en días. Mamá decía que una cosa llevó a la otra, el dolor de perder un hijo, el más chico, determinó que la enfermedad se "despertase". Papá estaba cien por cien seguro de ello. Franco no era capaz de comprender aún la magnitud del dolor de su madre, pero se imaginaba en sus adentro la pena que le produciría a la suya perder a él o Tomi. Pensaba en la pobre abuela, y al igual que sus papis sentía que ese

fue el motivo principal por el que fuera a visitar a Dios tan repentinamente.

Por entonces mamá lloraba mucho, a escondidas, aunque es difícil esconder la tristeza. Por momentos reía, y por otros se levantaba e iba a su cuarto aún en plena conversación. Fue duro para ella. Solo consiguió un poco de alivio pasando tiempo con sus hermosos sobrinos y con la viuda, que venían de visita bien seguido, llenándolos de regalos cada que vez que la economía se lo permitía.

Fue cuando mamá renunció a su trabajo cuando los problemas se acrecentaron y presionaron de tal forma a la familia que nadie, ni los padres ni los hermanos, pudo enfrentar. Siquiera prever los nuevos golpes que la vida tenía preparada para todos ellos, que terminarían en forma trágica para algunos de sus miembros.

V

Mamá estaba cansada de soportar el mal humor de su patrón. En realidad tenía dos jefes, pero uno no le era muy afín. Era más que mandón y controlador. Asimismo alguna de sus compañeras de trabajo no eran muy amigas de atender a la gente, y mami se sobrecargaba de tareas. Entonces pues, en un día de furia, presentó la renuncia. Era tan buena empleada que los dueños del comercio, ambos, la fueron a buscar a la casa. Pero ella se mantuvo inflexible. Se había cansado.

La noticia fue sin previo aviso para papá, y bastante dura. Últimamente estaban recortando las horas extras en la empresa, y tener que cargar el peso económico de la familia a costas no iba a ser fácil. En realidad, sería luego imposible de soportar.

Los hermanos andaban en su mundo. Con casi veinte años cada uno, no tenían verdadera noción de las necesidades de sustento del hogar. Franco seguía siendo muy estudioso en la universidad. Las materias eran aprobadas una tras otra. Pasaba casi todo el día con los libros y apuntes en sus manos. Cometería un desliz: se había enamorado de otra estudiante de la carrera, y como pensaba que sería mejor que cursaran juntos, no tuvo problema en dejar un poco de lado sus intereses y ayudar a su chica. Por primera vez en la vida estaba siendo solidario y dejando de lado su ego, pero lamentablemente por motivos que un año después vería fueron equivocados.

Tomás había intentado nuevamente retomar sus estudios, y gracias a ponerse en contacto con dos buenos compañeros, pude terminar de cursar el primer año de la secundaria. Varios años después, y aun habiéndose "llevado" Matemática y Física a recuperar en Diciembre, se mostró que podía. En tanto, seguía con su música y guitarra. Practicando en su

habitación y tocando en vivo cuando se daba la oportunidad.

Entonces, el dinero empezó a ser un verdadero problema. No solo la familia andaba mal, sino el país entero. Eran tiempos de crisis. De patacones y lecops. La comida nunca faltaba, pero mamá tuvo que recortar los gastos en fiambres y carne. También disminuyeron los regalos a los sobrinos.

Papá empezó a sufrir cada día más de acidez de estómago. La obra social cada mes recortaba o comenzaba a cobrar algún beneficio, cuando antes no lo hacía. Una gente del Banco Galicia llamaba casi todos los días subsiguientes al vencimiento del préstamo (con el que arreglaron el auto), que en contadas ocasiones podía pagarse en tiempo y forma.

Franco, un día mientras estudiaba en su habitación, vió de pasada que papi miraba el techo y lloraba. Le dolió mucho verlo así. Según aquel dijo, era precisamente por la plata. Por la falta de ésta. El hermano le hizo unos mimos y unos masajes en su dolorida espalda (de años de laburo sobre camiones), pero más allá de eso, no podía ofrecerle nada más. No contaba con la maduración suficiente ni con el carácter necesario para ir un paso más allá. ¿Buscar un empleo? Negativo. Era el Far West para el chico.

En cuanto a Tomás, podría decirse que la burbuja en la que pasaba sus horas era mucho mayor aún. El hecho de estudiar o leer siempre, tarde o temprano, abre cabezas, y en el caso del hermano menor, como se mencionó antes, esas actividades no eran su fuerte. No le interesaban. Uno ve lo que quiere ver. Es lo que desea ser. Para Tomi, era solo música, exclusivamente: sin preocuparse por comer, pagar las cuentas, cargar combustible al auto, etc.

Los hermanos, eran diferentes... pero no tanto, como vemos. La sobreprotección materna ya era una dificultad palpable. Papá no podía con todo, no quería ponerse a mamá en contra. Callaba, solo callaba.

VI

Franco no solo perdió casi un año de la facultad por su estrategia de atrasarse esperando su novia, que iba un año atrás suyo. Una mañana la perdió a ella. La muchacha, conforme a las repetidas lunas de Fran, decidió terminar con la relación. Él la lloró por, digamos, casi un año. No oía a su padre cuando quería consolarlo, que le contaba de la vida y de lo dura que podía ser. Para el chico aquello era el fin de la existencia. Papá cada vez más se convencía que la crianza de sus hijos distaba bastante de lo que él hubiera deseado.

Sin embargo, tenía tanto potencial que no le costó mucho reacomodar las materias y volver al ruedo. Estudió más duro que antes, y en definitiva el tiempo perdido no era demasiado como para lamentarse. Había mermado

la confianza en sí mismo, pero no como para tirar a la basura su esfuerzo.

Tomí abandonó el colegio nuevamente al año siguiente. Lo estable y constante se hallaba bajo la forma de notas, figuras, claves, melodías, armonías. El resto seguía siendo pasajero, volátil.

En tanto, a papá le habían avisado que la concesión de la empresa de riego finalizaba y que no había renovación. -¿Y ahora qué?- Se dijo, al menos una decena de veces. Sin trabajo ambos padres, sin empleo ni concepción mental de "laburo" en los hermanos, el futuro se presentaba oscuro. Negro.

Papi, sin apoyo y solo con su cruz auestas, debió decidir. Volver al pueblo donde aún estaba la casa de la abuela a su disposición. Pero irían allí para... ¿hacer qué? Entonces se enteró que había pocos remises pero que viajaban mucho. Pensó que con su autito, que no andaba mal y era espacioso, quizás podrían vivir bien haciendo ese trabajo, es decir llevando gente del pueblo a la ciudad y viceversa.

¿Y qué hacer con la casa de barrio? No podían quedarse viviendo en la ciudad sin trabajo. La opción de papá no era mala. Requería un sacrificio. Con mucho dolor, ese hogar que tanto trabajo costó conseguir, iba a tener que venderse. Nuevamente, la familia iría a volver de cero.

Pero bueno, más allá de los lamentos, siguieron adelante. Poco dinero pudieron sacar de la venta del inmueble, aunque lo suficiente para reparar partes del techo y algunos problemas de humedad de la casa de la abuela. El auto recibió unos trabajos de chapa y pintura que lo dejaron PIPI CUCU, de lujo. Y entonces, volvieron al pueblito.

Sucedieron cosas positivas: el reencuentro con las amistades, con la gente que los vio nacer. Papá consiguió tener viajes fijos, o lo que es lo mismo, ingresos continuos. No era para tirar manteca al techo, pero se comía bien y se podían pagar las cuentas. Mamá estaba conforme como ama de casa, siempre con su adicción excesiva a la limpieza: la casa relucía en tal sentido.

Los hermanos estaban contentos, tenían una adoración especial por ese lugar. Por los recuerdos que de esa tenían, obviamente. Tanto por las visitas a sus abuelos de pequeños, como en el año y medio que vivieron bajo su techo, unos diez años atrás. Notaban sin embargo, que al haberse ido y habitado tanto tiempo en la ciudad, les costaba más conectarse con sus antiguos amigos. Para aquellos el mundo seguía siendo el fútbol, el fútbol, el mate, el fútbol, pasión de sábado, y salir a cazar perdices. Para ellos, ya no. El pueblo parecía ir a una velocidad mucho más lenta de cuándo lo dejaron. Los hermanos lo entendían y aceptaban, más allá de lo dicho, eran las mismas personas de siempre. Y sus amigos y conocidos,

pues también.

VII

La vida es tan maravillosa. Puede ser dura y bondadosa a la vez, parecer una cosa y demostrar ser otra, puede cambiar de un momento al siguiente casi sin darnos cuenta. Sin embargo, cuando es uno el que se abre y se permite cambiar, intentar, equivocarse, crecer... las "cosas" comienzan a suceder mágicamente.

Franco encontró una serie de libros en una caja, en la habitación pegada al garaje: llena de trastos viejos, humedad, telarañas y hasta alguna que otra laucha. Estaba poblada de muebles rotos, juguetes de años lejanos, y muchos muchos papeles en cajas.

Uno de los libros le llamó la atención por la tapa. Era un hombre abrazando un niño, protegiéndolo de un tornado. Lo empezó a leer ahí mismo incluso. Más allá de la historia que contaba, le dejó muchas cosas en qué pensar. Lo duro de vivir, lo perfecto de amar... Luchar siempre, creer en uno mismo... Tener responsabilidad, formar el carácter. El autor parecía haber dirigido el libro hacia él.

Desde el día siguiente, empezó a ver las cosas con otra perspectiva, no solo la suya propia. Nunca lo había hecho antes. Fue un proceso que le hizo sentir un nudo en el pecho durante semanas. Se empezó a preguntar el porqué de cosas que no le habían interesado antes. Al fin, había empezado a madurar. Y gracias a un libro de hojas amarillentas y olor a vaho.

Papá estaba haciendo el café como cada mañana cuando Fran se levantó junto a él y se ofreció a acompañarlo en uno de sus viajes de trabajo. Papi no entendía mucho el por qué, pero sí que estaba feliz. A la vuelta de la ciudad volvieron solo en el auto, así que el muchacho aprovechó para llenar de preguntas a su viejo. Cómo había sido su vida de pequeño, desde cuándo trabajaba, si fue dura la vida sobre las ruedas de un camión, si mamá había sufrido mucho por la depresión, si él era feliz con los hijos que tenía. A papá le brotaron lágrimas mientras contestaba a los requerimientos de Fran, pero se sentía tan alegre al saber que su hijo, al menos incipientemente, estaba cambiando.

Al día siguiente, Fran se levantó primero y esperó a su padre con el café listo. Nuevamente lo acompañó en el viaje de remise. Volvieron a charlar mucho.

Y la rutina empezó a modelarse de esa manera de ahí en más. Mamá contenta por ver a uno de sus hijos que acompañaba a su esposo. Papá con un nuevo compañero de fierro. Fran aprendiendo de la vida mientras asaba tiempo con su padre. ¿Y Tomi? Dicen que las buenas vibraciones se

trasladan. La energía positiva es pues, contagiosa. Tomás encarriló una racha de tres años seguidos, aprobando el segundo, tercero y cuarto curso en la secundaria. Lo que uno logra cuando se lo propone, ¿no? Ya estaba en el último, y excepto por matemáticas, el resto de las asignaturas iban por buen camino.

Papá, a instancias de Fran, visitó al médico, ya que en una de las mudanzas se había herniado por la fuerza que hizo. Además le contó de su acidez estomacal crónica, por lo que el doc decidió hacerle algunos estudios. Tardaron unos días en ver los resultados. La hernia de disco no era un gran problema, a ver, la operación no era urgente y pá estaba un poco gordito por lo que en su caso debía hacer régimen. En cuanto al resto, la endoscopia había develado una lesión en el esófago. De no haberse hecho el chequeo, las células malignas alrededor de la laceración (quien sabe causada por qué) podrían haber sido terribles.

Más allá de la quimioterapia, papá estuvo siempre firme y confiado. Quería vivir y esas ganas lo llevarían a conseguir su propósito.

Pero claro, esto afectó a la familia. Los unió. Mamá se volcó más a su marido, dejando los hermanos un poco fuera de su ala. Los hermanos crecieron emocionalmente. Empezaron a comprender determinadas cosas, situaciones sobre las que su viejo les prevenía y que ambos no tenían ni el carácter ni la capacidad para enfrentar.

Franco encontró su media naranja en la facultad, y casi sin quererlo, en menos de un año ya vivía con su pareja, en la ciudad. Se sentía tan feliz que incluso le había propuesto matrimonio. Tomás también se sentía feliz por él, más allá de extrañarlo. Imaginen lo que mami sentía con su primer hijo abandonando el hogar. Fue duro, pero finalmente entendió, luego de muchas conversaciones con papá, que era lo que su hija deseaba. Lo que lo haría dichoso. Tanto o más, lo mismo que ella sintió al mudarse con pá.

VIII

Los hermanos, aunque viviendo separados, seguían siendo los mejores amigos. Incluso en la boda de Fran, el abrazo más sentido de toda la noche fue entre ambos. A Tomo le llegaría su primer gran momento en el mundo de la música, cuando le tocó telonear a los mismísimos Rata Blanca, compartiendo charla con los músicos inclusive. Fue espléndido. Papá y su hermano mayor estuvieron presentes, al igual que muchos parientes y amigos. Aparte, el club estuvo lleno. Totalmente lleno.

Mamá no asistió porque no le iba eso de los eventos, recitales, o fiestas. De chica siempre fue igual. La única excepción fueron los actos escolares donde sus chicos participaban. Esa noche, se había quedado en casa cocinando un asado con papas al horno para cuando los hombres

regresaran. Obviamente, los esperó despierta, con ese camisón blanco viejo que adoraba y con la comida calentita.

Papá seguía trabajando con el remise. No había podido mejorar el modelo del auto, pero tenía su vehículo realmente impecable. Como había conseguido que la municipalidad local le diera algunos viajes extra, podía vivir tranquilo en compañía de su esposa y su hijo menor.

Tomás, finalmente, había conseguido trabajo en un vivero. Eso de las plantas le gustaba, al igual que los animales. Mientras estuviera bajo el techo de un cielo azul, poco podía hacerlo sentir mal. Claro, amaba el aire libre y... la guitarra eléctrica, como es de suponer. Comenzó a valorar, a sus padres, al trabajo de aquellos como al suyo... a apreciar tener una buena salud, un plato de comida. Ver brotar agradecimiento hizo emocionar a sus papás cada vez que sucedía.

Franco esperaba recibirse pronto para emprender junto a su señora la búsqueda de su primer hijo. Trabajaba desde hacía un par de años, y había tenido la fortuna de conseguir un empleo estatal y muy bien pago. De vez en cuando esto le permitía darles alguna mano a sus papás desde el punto de vista financiero. Igualmente las ayudas eran esporádicas porque Tomás y sus papis contaban ahora con ingresos suficientes para llevar una vida tranquila, sin que casa nada les falte.

Los domingos tenían el asado, hecho con tanto amor por papá. Fran viajaba desde la ciudad ese día y la reunión familiar era siempre encantadora. Charlaban sobre el trabajo, la salud... sobre fútbol y la Academia amada por los varones. El temario incluía la música: papá siempre fiel al tango, mamá a Los Beatles; ambos hermanos amaban el rock pesado y la mujer de Fran adoraba los temas clásicos de la década del 80. Sea como sea, había algo que nunca faltaba: los chinchulines y las mollejas. Era la debilidad de todos.

El resto del día lo pasaban juntos, mateando, hasta bien entrada la tardecita donde el hermano mayor y su esposa volvían a la ciudad. Mamá era siempre la que más saludaba despidiéndolos con su mano derecha y la sonrisa más dulce en el rostro. Papá se ponía a limpiar el interior del auto, comenzando por las alfombras; Tomás iniciaba la práctica diaria con la Fender Stratocaster, en compañía de su perro fiel raza perro, el que se convirtió en su nueva "sombra" desde hacía unos tres meses.

IX

La noticia del embarazo alborotó a la familia, en el buen sentido. Fran iba a ser papá, Tomás tío... los papis finalmente iban a convertirse en abuelos. Si bien era esperado por todos, una cosa es presagiarlo y otra muy distinta tener la certeza que una nueva vida llegara al mundo. ¡Estaban

tan felices! Tenían la chochera más grande del mundo.

Franco se impacientaba al no saber el sexo de la criatura. Quería que fuese un varón, ya que según él sería un padre muy celoso caso contrario. Su mujer era extremadamente cuidadosa con su cuerpo, los controles, el ácido fólico, la alimentación, etc., por lo que tal diligencia dejaba tranquilos a todos, sobre todo a mamá, quien había tenido inconvenientes en el embarazo de Tomi.

Papá se sentía dichoso. No solo había logrado vencer al cáncer, sino que estaba pronto a jubilarse. Su yerna se había encargado de los trámites, y faltaba poco para que las cosas se dieran de esa manera. Aparte, iba a ser el mejor abuelo mal-criador de todo el universo. Como era de suponerse ya contaba con una camiseta de Racing lista para el nieto o la nieta. También había comprado un biberón de los buenos, anti-cólicos.

Mamá por su parte estaba ansiosa. No veía llegar la hora en que el bebé naciera. Solía hacerle muchos mimos a la pancita encinta, y de vez en cuando recibía una patadita desde dentro. Se emocionaba seguido y de vez en cuando lagrimeaba un poco, es que, bueno, se encontraba muy sensible. También, al igual que pá, tenía listo una mochila llena de ropitas y varios juguetes ya.

A Tomi le costaba caer. Iba a ser el tío, o sea, iiEL = tío!! Pensaba las veces que compartía tiempo con el suyo propio, y la verdad, pensar que ahora le tocaría tener ese papel... era como... demasiado. Sin embargo, se sentía muy alegre por ello. Se imaginaba tenerlo en brazos, jugar, verlo reír. Vivía una especie de etapa de fascinación previa que le ponía la piel de gallina.

Hasta el perro negro del hermano menor parecía comportarse diferente. Llegaba la mujer de Fran y el animal se le sentaba a sus pies, apoyando una de sus manos sobre sus pies. Así podía tantear que no se le alejara mucho. No solo era la mascota de Tomi, sino que era uno más de la familia. Ojo, no era amable con cualquier persona. A aquellos de los que desconfiaba solía recibirlos con dos ladridos y secos, para luego no apartarle la vista de encima hasta que se marcharan.

Los hermanos, en tanto, se tomaban una horita cada domingo para salir a caminar por las afueras del pueblo y conversar de sus cosas. Aprovechaban la visita semanal de Franco y con la excusa de ir al cementerio a visitar a los abuelos, se conseguían su momento de intimidad y así charlar de lo que quisieran. No era sobre nada extraordinario. Guitarras, películas; las novias de Tomi (cambiaba a menudo); de cómo andaban los papis. Como ambos trabajaban ahora, se contaban también de las cosas que vivían en sus respectivos empleos.

-DIEZ-

Y finalmente llegó el día en que Luciana llegó al mundo. Fue una cesárea muy tranquila. Con solo 3 kgs y medio revolucionó por completo la vida de todos. Tenía unos pocos cabellos rubios en la nuca, y era absolutamente hermosa. Franco fue el primer familiar en cargarla. -Una cosa es que te cuenten ser padre, y otra muy distinto es vivirlo – fue la frase que acuñó desde entonces. Su mujer se sentía inmensamente feliz más allá de estar exhausta. Los ahora abuelos se pasaban con la criatura a cuestras. Tomás era el más cuidadoso, la trataba con tanta delicadeza. Tenía miedo que se le “rompiera”, como lo molestaba su hermano mayor.

A partir de entonces, las visitas de Fran y familia al pueblo se hicieron más prolongadas. Iban los sábados y se quedaban hasta el domingo por la tarde. Los papás, chochos de la vida. Y Tomi, puff... cada día más apegado a la sobrina.

Y fue así como el tiempo siguió transcurriendo: todos llevaban una vida tranquila, sin fuegos artificiales o lujos, pero con... alegría, unión, paz.

Franco era un profesional reconocido en la ciudad. No solo ganaba lo suficiente para hacerse (aunque de a poco) una casita en un terreno cerca de Vialidad Nacional, sino que de vez en cuando se iba de viaje de vacaciones con su esposa y Lucianita. En sus ratos libres leía bastante y había empezado a practicar tenis.

Tomás había logrado pegar su cable a tierra con una chica empleada del Banco del pueblo. Seguía trabajando y manejándose por mails se contactó con personas reconocidas del mundo de la guitarra eléctrica, consiguiendo un contrato con un sello alemán. Estaba maravillado, lo que su hermano mayor decía sobre creer en uno mismo realmente funcionaba.

Los papis envejecían juntos y sanos. Cobraba cada uno su jubilación y a raíz de lo sucedido con ese maldito cáncer de pá, ambos se hacían controles todos los años. Eran muy metódicos al respecto. Viajaban a la ciudad de vez en cuando y de paso visitaban la nieta y su familia. Y tenían a su hijo menor en la casa de al lado, ¡qué más pedir!

Los hermanos, a su manera, seguían siendo los mismos. Aunque no vivieran juntos, y madurando gradualmente cada uno a su manera, solidificaron una amistad que ayudó no solo a ellos, sino a toda su familia a lograr lo que muchos ansían, lo que ni el dinero o la fama puede conseguir... LA DICHA DE SER FELICES.

Capítulo 2

LA VUELTA DE TUERCA

Me encantaría, de todo corazón lo digo, que la historia de mi familia hubiese terminado de la manera que la describí.

A decir verdad, en muchas ocasiones la realidad se aleja notablemente de lo que soñamos. Tanto sea para bien como para mal.

Qué es lo que realmente influye para alcanzar tal o cual resultado depende de tan amplia variedad de elementos que creo, positivamente, detallarlas llevaría cien libros o, bueno, incluso muchos más: depende del ojo desde dónde lo miremos y del nivel de detalle buscado.

Antes de seguir con la historia, me voy a detener en algunos aspectos que considero clave y que hoy en día, en nuestro mundo moderno, integrado en ese macro sistema de comunicaciones, tv, redes, etc. que nos rodea, no son debidamente valorados.

Tenemos solo el presente para actuar, ¿no?... es lo único que nos pertenece. Carpe Diem. No puedo hoy hacer nada para cambiar el pasado, pero ¿saben?: puedo aprender, mejorar. Aún más, no solo permitiéndome cambiar mi futuro, sino el de aquellos que me rodean, los muchos o pocos que lean esta breve historia.

Al grano, apunto a:

Las cosas deben hablarse: Muchos de los problemas de la vida en sociedad en general pasan por este punto. Nada de SMS, wpp, mail. Tienen que hablarse, incluso las que consideremos más insignificantes. Y se tienen que conversar sinceramente. Con lo cual, paso previo fundamental es ESCUCHAR.

Ser agradecidos: Nos quejamos cuando nos pasan cosas malas, pero tenemos que ver las dos caras de la moneda. Agradecemos a cada uno que nos dé algo de sí, ya sea tiempo, cariño, energías; en la forma que sea, material o no. Demos, y volverá a nosotros en la forma menos pensada.

Respetar para ser respetados: Puede ser que no estemos de acuerdo con lo que otra persona piense o haga, pero sea lo que sea, no miremos las cosas a través de nuestros prejuicios. Abramos la cabeza, y luego se

abrirá nuestro corazón.

Fortalecer nuestro carácter: La vida nos tiene preparadas muchas pruebas. No importa la forma, las circunstancias, el momento en que lleguen. Nuestro carácter y accionar determina lo que somos. Decidimos nosotros, no el resto. No busquemos excusas ni culpables. No nos engañemos a nosotros mismos. Miremos en nuestro interior, aceptemos las cosas como son y trabajemos en fortalecer nuestros puntos fuertes y minimizar aquellos que no lo sean.

El éxito se alcanza con trabajo duro: En estos días, si eres de los que piensas de esta manera, tienes una ventaja inimaginable sobre el resto. El mundo, hoy, quiero todo ya. Rápido. Y de manera fácil. Recordemos que a la cima llegan muchos, pero solo pocos se mantienen. Si tienes talento, pues te felicito, posees un don. Pero, no es suficiente. Trabajar duro, creyendo en uno mismo, puede más que nada en el mundo. Las metas a largo plazo son duras, pero siempre se pueden subdividir en metas más accesibles y así hacer el camino más transitable.

Sé vos mismo: Cada ser en este mundo es diferente al resto. Todos somos especiales y tenemos algo que otro obsesiona. Lo importante, creo, es ser uno. No necesitamos más que eso. Ni blando ni duro, ser justo consigo; tener paciencia con ese yo interior; no cambiar lo que somos solo porque estamos ante personas o circunstancias que no esperamos. Si tu esencia se mantiene, y repito, si crees en ti, nada ni nadie puede detenerte. Ni siquiera tus errores o malos tragos.

Sin más, prosigamos con el relato... Para seguir esta otra historia, la real, el lector podrá releer el capítulo I y proseguir con los que siguen a continuación.

Capítulo 3

EL DESENLACE

Cap. Φ

La familia vivía tranquila y sin sobresaltos en el pueblo. Los papás trabajaban todo el día pero veían la recompensa a sus esfuerzos a través del buen pasar económico y financiero. Gozaban de buena salud, al igual que sus hijos. Los hermanos crecían juntos y unidos.

Pero bueno, los ciclos económicos existen y se estudian desde hace mucho tiempo. Por algo tipos como Mitchell, Keynes, y otros escribieron tantas páginas al respecto. En cualquier lugar del mundo se suceden, aunque cabe aclarar que en esta parte del mundo pasa más de la cuenta. Entonces, cuando lo hermanos no tenían ni una década de vida siquiera llegó una hiperinflación brutal que se comió cruda a miles de comerciantes, industriales, micro-empresas. Entre éstos, a mamá y papá.

En mami despertó una depresión furiosa, que la volvió muy inestable. La entristeció tanto, hasta se veía mayor en su rostro. Cada viaje a la ciudad se debía a dos motivos: ver al psiquiatra y psicólogo de aquella, y entrar en los grandes supermercados a ver como variaban los precios entre una semana y otra: así los papás podían ir actualizando los suyos en su mercado del pueblo. Recuerden, no había internet, y los canales de tv eran muy pocos.

Papá se sentía muy solo, cargando a costas con el peso del tratamiento de su esposa y con el presente extremadamente difícil en el aspecto comercial. Haber contraído deuda bancaria en dólares se veía, ahora, como una pésima decisión. Sin embargo, en su momento, la contadora le había sugerido endeudarse de esa manera porque era más "barato". Papi pensaba que muchos profesionales se manejan siempre de la misma manera, arrojando la piedra y escondiendo la mano: total, paga uno, no ellos.

Los hermanos, a pesar de todo, nunca se dieron cuenta de la real situación de la familia debido a la bendita sobreprotección de mamá, tolerada por papá, quien no podía con todo y debía dejar cosas de lado, aunque como en este caso no las aceptara. Entonces las lunas de uno o dos días de Fran pasaban como normales, igual que las escapadas de Tomi en su bici cross negra volviendo quien sabe a qué hora.

Fueron tres años muy duros. Cuando finalmente parecía que la tormenta pasaba, mamá le comunicó a papi la decisión de no seguir con el

mercado. Ese supermercado, el único del pueblo, que tanto esfuerzo les había costado levantar y mantener, se estaba yendo indeclinablemente. Papi quiso convencerla de cambiar su opinión, a ver, medianamente habían conseguido ir pagando los préstamos al banco y la deuda no era tan grande ahora. Y sobre todo, era el sueño, el de ellos dos, que habían llevado a ser una realidad.

Pero mamá no quería continuar. Estaba un poco mejor de la depresión, con los medicamentos que desde allí tomaría por el resto de su vida; sin embargo, tenía una negación tan propia de los malos momentos que en el negocio le había tocado vivir, que prefirió vender, el mercado y la casa, pues estaban uno al lado del otro. Papá aceptó con desconsuelo, no tenía opción.

Se mudaron entonces a la casa vieja de la madre de papi. Estaba media abandonada, pero con el dinero de la venta de los inmuebles alcanzó para pagar las mejoras, cambiar el Falcon por un VW1500 nuevo y terminar todos los pendientes trámites bancarios.

Los hermanos casi no sufrieron el cambio, porque ustedes saben, los cambios son incómodos y a veces duelen. Bueno, Fran y Tomi lo tomaron a bien, la casa era más grande, tenía muchos metros más de patio y estaba en una zona donde ellos podían explorar al estilo boy scout.

Fue así como, luego de un año y medio desde la mudanza, papá consiguió un trabajo en la ciudad. A los hermanos no les gustaba mucho la idea de irse, pero si lo padres lo decían, pues los iban a obedecer. Si antes mudarse fue bueno, ¿por qué ahora no?

Cap. φ

El hermano de papá había acondicionado el garaje de su casa para que la familia que venía del pueblo estuviera lo más cómoda posible. La verdad, hizo un gran trabajo. El tío era buena gente: no es que fuera acaudalado, pero gracias a los muchos viajes transportando cereales en su camión Fiat y algún que negocio, pudo hacerse de una linda casita en la ciudad.

El trabajo de papá no era duro, pero la paga no alcanzaba a cubrir los gastos de la familia. Mamá entonces obtuvo un empleo de cajera en una estación de servicio, para dar una mano. Con ambos salarios, lograron vivir unos años sin preocupaciones de dinero.

Los hermanos comenzaron la adolescencia y con ésta dieron bienvenida a alegrías y dificultades varias. Obviamente estaban felices de vivir en la ciudad, esa que ellos solo veían de pasada unas horas, cada vez que viajaban junto con sus papis. Había muchas cosas nuevas por hacer. Fran se había amigado con un grupo de chicos, muy inocentones, como él y

Tomí. El hermano menor se unió al resto como uno más.

Sin embargo, Franco empezó a tener problemas en el colegio. El resto de los compañeros, excepto sus tres amigos, eran muy diferentes a lo que él venía acostumbrado en el pueblo. Hablaban mucho, eran irrespetuosos. EL humor que hacían no le gustaba, lo creía grosero. Un par de matoncitos del curso hacían que él hermano mayor les hiciera la tarea de vez en cuando. Y otras cositas más. Bullying de antaño: mañas viejas, nombres nuevos. Soportó un año conviviendo en la secundaria en esas condiciones, y se hartó. Al igual que mamá, callaba las cosas. Estallaba de vez en cuando, como cuando fue a la dirección a pedir el pase.

¿Dónde terminó recalando Fran? Pues en el secundario del pueblo, estando todo el tramiterío del cambio en su papá, como era de suponer. ¿Se imaginan? Viajar todos los días en colectivo yendo a cursar a su ex colegio. Pues sí, así fue.

Tomí... qué decir. Por un lado, comenzó su amorío con la música, el que hasta el día de hoy continúa. Por otro, la cadena interminable de sus irresponsabilidades empezó a gestarse. Suena duro, ¿no? Vayamos al grano, tampoco exagerar: no mató a nadie, no robó, no cayó en vicios. Pero tampoco fue San Pedro. Decidió abandonar el colegio a pesar de los reclamos de papá. Se dedicó de lleno a tocar la guitarra eléctrica. Incluso estudió con el mejor profesor de la ciudad, con el que se hizo amigo a la larga.

Cada año el hermano menor retomaba el colegio por aproximadamente uno o dos meses... y abandonaba. Era como un intento periódico, de paso fugaz. Ustedes saben, "hey, al menos la peleé". Por lo demás los papás se hacían cargo de los gastos que el ser músico le imponían a su hijo. Pedales, equipo, nueva guitarra, cuerdas, púas, revistas, etc.

Mamá siguió apañando a los hermanos, para felicidad de los tres. Papá veía y callaba, y se hacía mal por dentro: era duro seguir luchando, sentía que había tenido suficiente con todos los problemas de los últimos años. En definitiva, era otra generación completamente diferente a la suya. De cualquier manera, irían a madurar tarde o temprano.

Pasó el tiempo y Fran, luego de otro desplante (se peleó con sus compañeros del colegio del pueblo porque le dijeron que su música era ruido de lata, por lo que pidió el pase en uno de sus días de furia) finalmente terminó la secundaria. Lo hizo en un colegio nocturno, el único disponible que su papi pudo conseguir a mitad de año. Por lo demás, nuevamente consiguió portar la bandera: tres colegios, siempre abanderado. Se sentía orgulloso el chico, lo mismo sus papis. Al margen de estudiar, su única diversión consistía en jugar al fútbol y a los

videojuegos con sus tres amigos y su hermano.

Tomí, a pesar de nunca, reitero, nunca, ser comparado con su hermano por sus padres, sentía una aversión especial por todo lo relativo a los papeles. En realidad, a todo lo que involucre pensar. ¡Qué hombre perezoso! Pero recibió el don de la música, donde aun estudiando poco, compensaba esa deficiencia con horas de práctica. Tocó en varias bandas locales e incluso pudo viajar fuera de la provincia.

En tanto, papá se pasó horas y horas tratando de conseguir una vivienda para la familia. Un hermano de mami le había prestado una linda casa cerca de donde vivían, y ahora contaban con más espacio. Sin embargo, eso de vivir de prestado no conformaba a papi. Se tragó tantísimo tiempo de sí en consultas, trámites, charlas, buscar contactos, chupar-medias... e hizo lo humanamente posible para que el Instituto le diera una casita de barrio. Y lo increíble fue que lo logró, por si solito oh sí, lo hizo posible: recibirían una vivienda de tres habitaciones, en una esquina, del plan de viviendas nuevo. De lo mejorcito, je, para su familia.

Cap. X

Estando en la nueva casita, la familia entera se sentía feliz. Papá y mamá continuaban con sus trabajos. Fran estudiaba en la universidad, siendo muy aplicado. Estudiaba una carrera con bastante matemática, tema que lo apasionaba. Tomí continuaba metido en el mundo de los pentagramas, notas, figuras, escalas, acordes. A veces pasaba horas encerrado practicando.

Papá a veces sacaba fotocopias para Franco, de pasada en el quiosco cercano a su trabajo. Le parecía extraño que su hijo no hiciera las copias él mismo en la facultad. -Ay, estos chicos...- se decía a sí mismo. Es que sabía que parte de esas mañan, porque en verdad lo eran, se debían al proteccionismo materno. O también lo que les costaba ambos hermanos ir a hacer un mandado al mercado. Un poco más y había que rogarles para que salgan a comprar lo que su madre necesitaba para cocinar cada día.

Fran se enamoró de una chica que estudiaba lo mismo que él, y tomó una decisión equivocada: preocuparse porque a ella le fuera bien, sin importar retrasarse en sus estudios. Total, al año siguiente irían a cursar casi todas las materias juntos. No solo como novios, sino como equipo. Pues, resultó que las cosas no fueron como él esperaba. La muchacha se cansó de sus lunas, las que su familia les toleraba, y Franco se quedó con casi todo el año de facultad perdido. Afortunadamente, pudo aprobar los recuperatorios generales de las principales materias y rescatar así parte

de lo que consideraba desperdiciado.

Mami mientras, continuaba trabajando a pesar de algunas situaciones que la incomodaban. Una era que sus compañeras eran bastante reacias al trabajo, motivo por el cual mamá hacía más actividades que las que le correspondían. Segundo, tenía dos patrones, uno de los cuales tenía un carácter especial. De mierda digamos. Un día, como nos suele suceder a todos, en que el mundo parece estar contra uno, se hartó y presentó la renuncia. Se marchó llorando a su casa, donde la esperó papá para consolarla.

Papá, que había tomado un pequeño préstamo para reparar el auto, se veía venir un futuro con muchas nubes. Por no decir negro. A él ya no le pagaban las horas extras en su empleo, por lo que su salario había bajado. Y ahora esto... Los hermanos eran, más allá de su edad, muy inmaduros en varios aspectos. Entre ellos, el de comprender que era necesario ya, a esa altura de sus vidas, buscar algún empleo para ayudar a sus padres.

Pasó un año más. Franco siguió estudiando, incluso con más ahínco que en su primer año de facultad, cuando mejor le fue. Si bien lloró a su ex por... ¡¡6 meses!! (no se exagera el plazo ni el verbo usado)... pudo sobreponerse con ayuda de un grupo de chicos, muy buenos y además capaces, que luego se convertirían en amigos incondicionales. Eso sí, si bien ya la idea de trabajar se le había venido a la cabeza, su pensamiento se tornaba un tanto egoísta al respecto. -Si trabajo no voy a poder estudiar- Muy al estilo "blanco o negro" que lo caracterizaba.

Un día papá vino triste de su empleo. Le habían notificada que finalizaba la concesión de riego de la empresa donde prestaba servicios, y que en dos meses se quedaba sin trabajo. Imaginen el pesar y la preocupación de papi. El mundo entero se le vino encima, en picada. Al menos iba a terminar de pagar el préstamo por el arreglo de chapa del Peugeot 504, el celestino y fiel. Pero, de allí en más, ¿qué?

Los hermanos, en su peculiar forma de pensar, no tomaron lo descrito como un problema suyo. Si bien sabían que, sin trabajo, mamá y papá no podían mantenerlos viviendo en la ciudad. Sin embargo, pues en el pueblo estaba la vieja casa de la abuela, y siempre estaba la posibilidad de volver a los pagos. El ser cómodos los sedujo a proponer a sus padres regresar al lugar que los vio nacer. El asunto grande era, ¿a hacer qué cosa?

Entonces papá, como siempre, puso el hombro. Un sobrino andaba interesado en tener una casita dónde vivir. Le propuso venderle las mejoras hechas a la vivienda... verán, el inmueble pertenecía al Instituto aún, eran 30 años en cuotas a pagar y solo hacía 4 que la habitaban. Con el dinero, podría cambiar el vehículo y trabajar de remisero en el pueblo:

eran solo dos personas los que se ocupaban de ello en ese momento, uno más no iba a hacer daño.

Sin embargo, el dolor interno que ambos papis sentían era enorme. Otra vez dejar un hogar. Nuevamente arrancar de cero. Pasaba que los años seguían pasando y estaban ambos cerca de ser sexagenarios, y ustedes saben, no es lo mismo. Ni el cuerpo, ni la mente. Fue un golpe terrible.

Franco vió algunas veces a su papá llorar, solo, sentado en la cama. Creía que con palabras de aliento y mimos podía aliviar el dolor. Nadie dice que no ayudaba a hacerlo sentir mejor. Pero la solución no era esa. Veamos... es como... estar en un banco, hundiéndose, viendo al capitán desolado tratando de torcer el rumbo, y lo único que se atina es a darle unas palmaditas en la espalda y tratar de convencerlo que las cosas no están tan mal como parecen, pero... sin moverse ni un centímetro de la confort-zone.

Si la mente anda mal, pues el cuerpo, en consecuencia, también imita su comportamiento. A ver: papi nunca había recurrido al médico por una úlcera en el esófago, por problemas de falta de cobertura de la obra social, no contando con dinero para abonar por sí solo el tratamiento.

Aparte, para él era más importante, en su mente, esa vieja hernia de disco, que lo antes descrito. El trabajo en el pueblo comenzó a escasear ya que eran varias las personas que se sumaron al rubro "remise". Y claro, si sumamos $1 + 1$, pues... todos sabemos la respuesta. Papá no pudo más con la pesada carga que tenía sobre sí. Su cuerpo cayó se desmoronó. Su piel había cambiado de color y las molestias en la zona del estómago eran cada vez mayores. Había empezado con algunos problemas para tragar los alimentos. En menos de tres meses, el cáncer de esófago se lo llevó. Claro, con metástasis múltiples en estómago, hígado, columna, pulmones, y quien sabe dónde más también. Sufrió mucho, en sus últimos días ni siquiera la morfina podía aliviarlo. Y un viernes, partió en su viaje al más allá.

Mamá estuvo siempre a su lado, y ni aún en sus últimos momentos de vida soltó su mano. Lloró y se afligió mucho, durante la enfermedad de su esposo y después de su ida. Pero estuvo siempre con él.

¿Los hermanos? Por supuesto que pasaron muy malos momentos con lo de su papá. Pero el carácter que tenían y su visión del mundo, distorsionada por cierto, llevaron a que actuaran de manera peculiar.

Tomí desde que se enteró que su padre iba a morir, esto fue dos semanas antes de dicho suceso, se rehusó a volverlo a ver. Lloraba y lloraba sin parar, más allá que había conseguido un nuevo trabajo muy demandante que no le permitía de muchas horas para pensar en otra cosa que no sea comer y dormir. Pero más allá de esto, el no querer ver a su padre en su propia casa significaba un enorme defecto de carácter. Aunque no la queramos aceptar, a realidad es lo que es (Nota: no se

quiere adentrarse en discusiones sobre si la realidad es lo que percibimos que es, o referentes a relativizar la misma). Tomás luchaba contra la idea, la certeza que papá no iba a estar más. No enfrentar a su padre era SU manera de contrarrestar algo que no podía controlar. De no ser porque su hermano mayor, el día previo al fallecimiento de papi en el hospital de la ciudad, fue a recogerlo al pueblo para que se pudiera "despedir", no hubiera sido capaz de decir adiós por sí mismo.

Franco, por su parte, se había casado y esperaba su primer hijo. Sabía lo que era perder un embarazo con su mujer y en este caso los dos habían ultimado cada detalle para el bienestar de la criatura. Se había recibido y tenía un muy buen trabajo, con una paga excelente. Sin embargo, las cosas no eran de color de rosa en su hogar, en una linda zona de la city. Fran estaba engañando a su mujer, según él castigando lo que ella hacía que era gastar todo el dinero de su sueldo. Otra vez, como en su hermano menor, el carácter como impedimento para enfrentar las cosas que la vida depara. Su ensimismamiento sumado a la confusión mental que vivía por el estado de pá, hizo que casi sucediera otra tragedia (digo otra, porque el cáncer terminal lo es) El día que papi fallecía, que si bien se acercaba rápidamente, ocurrió antes de lo esperado por todos, él hermano mayor se encontraba viajando. ¿Haciendo qué? Visitando a una de sus amigovias o como sean, a 150 km de la ciudad donde él vivía y en la cual papi estaba. Al avisarle su esposa, claro, que el estado de su suegro era más que delicado, Fran sorprendido aceleró la marcha para regresar. Bueno, nunca llegó a ver su padre morir...

Sufrió un grave accidente en ruta, con su pequeño auto embistiendo un camión en forma frontal. Oh sí, sobrevivió. Gracias a no tener el cinturón de seguridad puesto y volar por el parabrisas delantero, caso contrario hubiera sido arrastrado por el Mercedes Benz 1114. Fracturas múltiples en codo, pierna, costillas, lesiones en oído y pulmones, fémur roto y cadera en peligro de ser reemplazada. Una semana de terapia intensiva, y al despertar, Tomi (una vez repuesto de las lágrimas que le implicaron verlo en ese estado) notificándole que papi se había marchado días antes. Más precisamente, dos horas después del accidente de Fran. Desde ese momento todos los restantes miembros de la familia creerían que papá... cómo decirlo: que lo último que había hecho en espíritu había sido salvar a su hijo de morir.

Luego de mucho tiempo en cama y la consecuente rehabilitación física (incluyendo dos nuevas operaciones en codo y tendones de esa zona), Franco se reestableció. Dejó de lado sus infidelidades y se dedicó a su esposa e hijo, que nacería tres meses y medio con posterioridad al accidente. Por su parte, mamá y Tomi estaban felices de tenerlos con ellos. Seguían viviendo en el pueblo éstos últimos, pero no en la casa vieja de la abuela, sino en una casita de barrio que el intendente (apreciaba a má mucho) había conseguido para ellos dos. Fran y familia los visitaban más que seguido. Tomi (que al "terminar" con una noviecita

había tomado veinte pastillas de no sé qué, adrede por supuesto, teniendo que ser internado en el hospital de la ciudad...) seguía trabajando en el lugar de siempre y mamá cobraba no solo su jubilación, sino también la pensión por su esposo.

Cap. ψ

La ida sin papá fue dura al principio. La alegría del nuevo integrante de la familia, ese bebé hermoso, de sonrisa contagiosa, ayudó a equilibrar la balanza entre pena y alegría. Mamá se hallaba feliz con su hijo menor viviendo con ella. AL igual que su madre había hecho con un hermano suyo, tenías quizás la esperanza de tener a Tomi bajo su ala por siempre... quien sabe ahora.

La magia o maldición de los medios de comunicación, depende el punto de vista, hizo que Tomás se conociera con una joven extranjera vía internet. Al parecer el amor fue a primera vista... perdón, conexión, y al tiempo la muchacha visitaría Argentina a fines de conocer a su enamorado.

No solo las cosas fueron bien entre Tomi y ella, pues se mudó definitivamente a vivir en la misma casita de barrio, con mamá y su novio. Incluso la chica consiguió trabajo en el pueblo. Entonces, por algún tiempo, las cosas anduvieron más que bien en el hogar.

Pero convivir no es fácil. Mamá sentía celos de la novia de su hijo. Aquellos pasaban demasiado tiempo juntos, el cual parte se pasaban encerrados en la pieza donde dormían. Mami sentía que tenía pocas oportunidades de estar con Tomi a solas, y casi no compartían charlas excepto a la hora de almorzar o cenar. Se empezó a sentir cierto clima de hostilidad de má, respondido de la misma manera por la otra mujer de la casa.

Mamá se hacía mucha mala sangre. No existía casi diálogo entre los dos bandos dentro del hogar. En ciertos días comían por separado, ella por un lado, su hijo y novia por otro. Las cosas no estaban bien y ni siquiera las visitas de Fran y su familia lograban conseguir una tregua. Obviamente, mientras ellos estaban había situaciones que se disimulaban. Pero era una paz ficticia y pasajera.

Franco lo notaba, y solía sacar a dar una vuelta en el auto a mamá, y luego a su hermano menor y pareja. Por separado, como era de esperar. Al menos la tensión se bajaba un poco, y Fran podía entender un poco que pensaba unos y otros de lo que realmente sucedía en la casita.

Mami enfermó. Otra vez en la familia, como con papá, problemas que se deberían haber hablado se dejaron estar, convirtiéndose en una bola de nieve que arrastró todo a su paso. Mamá tenía cáncer de colón. No estaba tan avanzado, por lo que pudo operarse y con algunas sesiones posteriores de quimioterapia continuar con su vida normal. Solo Franco estuvo en la clínica, acompañándola. Sí, claro, Tomás no pudo enfrentar lo que vivía nuevamente, al igual que con lo de papá, y solo fue un día de visita... un día de los catorce o de las dos semanas enteras que su madre estuvo internada.

Fran se sentía dolido y muy molesto con la actitud de su hermano menor, mientras mami lo defendía, como siempre. -Pobre Tomi, es muy difícil todo esto para él-. Franco pensaba que lo duro es tener cáncer, no otra cosa. Se fastidiaba cuando mami buscaba excusas para defenderlo. Pero había más: Tomás y su pareja decidieron ir a probar suerte al país de donde ella provenía. Supuestamente en el hemisferio norte los esperaba la familia de ella y una promesa de trabajo para ambos. Mami no estaba de acuerdo más allá de no convivir adecuadamente con los chicos. Finalmente, aceptó la decisión de su hijo. Ella y Fran ayudaron con los gastos de los pasajes, para nada baratos. Pues, había 5000 km que recorrer hasta el destino.

El hermano mayor intentó compensar la "pérdida" de su madre haciendo las visitas más ocasionales. Esto ayudaba a mami, peor no era suficiente. Más aún cuando al poco tiempo de estar en otro país, su hijo comenzó a pedirle dinero ya que según Tomi no les alcanzaba para vivir. Escondió esa información de Franco, no vaya a ser que se enoje. Y comenzó a enviarle plata. Una vez. Dos. Tres. Y muchas más. Obtuvo préstamos de los bancos donde cobraba la jubilación y pensión, a fin de remitirle divisas a su "pobre" hijo, a quien nadie obligó a irse del país.

En tanto Fran, en sus visitas al pueblo a ver a má, como casi siempre no iba acompañado por su esposa, quien no se llevaba bien (tampoco) con Tomi y la chica, comenzó a hacer nuevas amistades. Y conocer nuevas mujeres. La tentación hace mella en mentes débiles, ¿no? Volvió a las andadas. El hecho de haber vuelto a vivir le dio una inusitada confianza en sí mismo, que utilizó positivamente en algunas cosas y... bueno, en otras también. Sí, le iba bien con las mujeres. Demasiado. Ok, perfecto... pero seguía casado. Y no se preocupaba mucho por esconder sus amoríos de mamá, causando otro tipo de disgusto para ella. Sin embargo, como siempre mamá callaba. Alguna que otra mirada de reproche y no mucho

más. La procesión iba por dentro.

Cap. ω

Tomi y su novia, ante la falta de trabajo en el extranjero, decidieron volver al país. Mamá nuevamente los ayudó con los pasajes de avión. Como es de esperar, volvieron al pueblo, a vivir con ella en la casita de barrio. Mami contaba ya con tres préstamos un su haber sin haber gastado casi nada para ella misma. Hubo un clima de alegría pasajera por el reencuentro, pero el problema de fondo, los celos, la falta de diálogo y el dinero, seguían estando presentes.

Mamá tenía un sentimiento de repulsión con la chica, que se fue convirtiendo en extremo en unos meses. Tomi, no contaba con el carácter para interceder entre ambas, se sentía en el medio de algo que no sabía cómo resolver. Las visitas de Fran conseguían descomprimir el ambiente muy fugazmente, en cuestión de horas todo retornaba a una oscura normalidad.

Franco, por su parte, fue a vivir solo. Tenían discusiones bastante a menudo con su esposa, y prefirió mudarse temporariamente. Esas cosas tan en boga hoy en día, estilo "darse un tiempo". En realidad, su temperamento era tan débil como para impedir manifestarle a su mujer sus deseos de divorciarse. Era lo que pensaba desde hace tiempo: separarse. Pero, lo más fácil fue crear excusas, las que lamentablemente su pareja creyó, y mantener una especie de status-quo matrimonial.

En la casita del pueblo la convivencia era dura. Mamá y la novia de Tomás se llevaban pésimo. El hermano menor no actuaba al respecto, y pasaba la mayoría de las horas del día con la chica. Mami empezó a sentirse mal. Incluso los antidepresivos que tomaba desde la época de la quiebra del negocio familiar parecían no hacerle efecto. Fue cuando el cáncer volvió. En el mismo lugar que antes. Empezó las sesiones de quimioterapia entonces.

Todo ello, en vez de calmar las aguas en la casita, las alteró mucho más. Mami estaba estaba intolerable con la novia de Tomi. La chica también tenía su carácter. La situación se había vuelto insostenible, por lo cual la muchacha se contactó en repetidas ocasiones con unos primos de su país de origen, a los fines de, nuevamente, volver a sus pagos. Con su pareja,

obviamente.

Para mamá, fue demasiado. Las fuerzas para luchar se le iban, al igual que su hijo menor. Las quimioterapias cada vez eran más fuertes y la afectaban de una manera que antes no lo hacían. Le había contado a su doctor que sentía algo en el ombligo, por lo que las drogas que se usaron fueron más agresivas aún.

Tomí partió con su novia, a pesar de todo, al extranjero. Quizás para él, era un cáncer parecido al que mamá había tenido antes. O sea, lo iba a poder tolerar nuevamente. Peor nada fue más alejado de la realidad. Mami se deprimió mucho. La metástasis se hizo extensiva no solo al área del ombligo, sino a todos sus intestinos. Se le aplicaron rayos en forma urgente. Siguió luchando, con la esperanza que su hijo volviera. Decía una y otra vez: -¡Por qué se fue tan lejos!-. Lloraba unas cuantas horas del día. Se mantenía solita en la casa, recibiendo a su hijo mayor y a algunas visitas que ella seleccionaba.

Dos meses después de la ida de Tomás, Franco llevó a su mamá a la clínica porque estaba hinchada y no se sentía bien. El doctor le hizo a más una tomografía y aún sin verla le comunicó que la iban a operar. Lo que se presagiaba era real. Claro, los resultados del análisis eran catastróficos. La metástasis estaba en todos lados: hígado, estómago, intestinos, pulmones. El médico habló con Franco, diciéndole que iba a ser lo posible para que en la cirugía se hiciera lo estrictamente necesario para permitirle dos a tres meses de vida, en caso de intentar otra cosa podría morir durante el trauma. El hijo mayor, quebrado en su interior, se lo comunicó al resto de los familiares de mamá.

Franco, quien había conocido a una buena chica (un verdadero ángel a decir verdad) y se había enamorado de ella, si bien al fin había manifestado su intención de divorciarse a su esposa, tuvo la pésima idea de, durante la semana y media que su madre estuvo internada, llevar a su nueva pareja a que lo acompañe. Su esposa al enterarse inició el juicio de divorcio inmediatamente, no sin antes provocarse un escándalo impresionante en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Luego de ello, mamá fue llevada nuevamente al pueblo, donde una amiga y un par de vecinos la visitaban y cuidaban. Seguía añorando a su hijo. Nadie le había comentado de la gravedad de su situación, sin embargo, lo sabía. Se estaba yendo y aunque no dijera una sola palabra, conocía su futuro. Una nueva visita a la clínica en la ciudad que no sirvió para nada, excepto para saber que en días todo se terminaba. Los últimos cinco días de mami fueron terribles. Habló solo las primeras 48 horas, luego apenas podía balbucear alguna que otra palabra. Los pulmones cada hora fallaban más. Franco y su novia la acompañaron día y noche, hasta que un viernes le desconectaron el respirador a las ocho de la mañana. Sin embargo, porfiada como era, resistió hasta las dos de la tarde, cuando tomada de

las manos de su hijo mayor y de su sobrino predilecto, pereció. O mejor dicho, comenzó su nueva vida en la eternidad.

Sin siquiera 35 años, los hermanos no tenían a sus padres. Papá se había ido un 9 de marzo, ocho años atrás. Mamá un 6 del mismo maldito mes. Ambos, un viernes. Ambos, con un cáncer que los consumió. No merecían ese final, ni sufrir como lo hicieron.

Tomás se lamentaba haber estado lejos cuando mami falleció. Él decidió irse sin embargo, estando ella enferma. Franco tenía la certeza que tampoco hubiese podido enfrentar la despedida de ella, como sucedió con papá. Tomi fue, es y seguiría siendo su hermano, pero el dolor que Fran sentía hacia aquel perduró un par de años.

Los hermanos siguieron así sus vidas. En distintos países, con diferentes trabajos, uno con un hijo y otro no, ambos en pareja... los dos, con sus papis en el corazón.

Capítulo 4

EPILOGO:

El autor ha tratado de ser lo más directo y conciso posible. La distancia entre el querer y el ser es cada vez mayor cuando no hacemos las cosas conforme a lo que nos dicta nuestro corazón. Nuestros sueños se convierten en utopías, y lo que añoramos "que sea" de una manera choca con una realidad muy diferente.

Sin embargo, lo cruel no es lo que "nos" pasa. ¿La vida no nos da tregua? ¿Es despiadada? No... Creo que atroz es lo que nos hacemos a nosotros mismos. Sí, cada uno de nosotros.

Vivimos una vida llena de distracciones, con una multiplicidad de problemas que a ninguno de nuestros ancestros tocó enfrentar. Es lo que es, los tiempos en los que vivimos. Contamos con más tiempo que aquellos, pero no sabemos aprovecharlo en una forma eficiente. Entonces, cuando queremos detenernos a pensar, parar la bocha, lo fácil y más cómodo es CULPAR. A quien sea: los padres, el cónyuge, el hijo, el vecino, el compañero de trabajo, el jefe, el gobierno, las multinacionales. O podemos acusar al país, a la economía, al clima, a Dios, etc.

Lo que se propone es bastante simple de escribir, aunque extremadamente arduo de llevar a la práctica: CAMBIAR. Si algo no sale como uno espera, se debe en primer lugar prestar atención y buscar dentro de sí mismo. ¿Eso que tiene en su mente realmente lo necesita? ¿Se siente feliz al trabajar en ello? (el camino debería ser más importante que la meta o resultado) ¿Enfrenta los problemas o situaciones no deseadas con carácter? ¿Conversa los asuntos esenciales con las personas que debe? ¿O prefiere patear la pelota lejos en cuánto es posible? ¿Cree en usted mismo? ¿Está dispuesto a dejar su zona de comodidad? Si dice

no a esa última pregunta, pues vaya pensando en dejar sus sueños de lado de una vez. El aspecto fundamental de renunciar a ellos radica en que usted puede perder muchas cosas en forma adicional. Lo que en este cuento se relata es una prueba de ello. Es una breve descripción de la vida de una de tantas familias... en este caso, de la del escritor.

Al margen de nuestras dudas, tengamos una certeza: tanto él, ella... como vos... como usted, nosotros... sea quien sea... **TODOS PODEMOS HACER REALIDAD NUESTROS MAS ANHELADOS SUEÑOS.** Es cuestión de ajustar detalles y ponernos en sintonía. Eso sí, el timón lo dirigimos nosotros, nadie más.

"Hoy creo,

hoy puedo,

hoy me empeño,

hoy me transformo;

y mañana...

mañana también."